

flancos del público y se escuchaban vítores a España, piropos a sus chicas. El grupo de Cieza marchaba a retaguardia, cerrando la columna gentil, y sufría como ninguno los embates del entusiasmo.

La Guardia Civil flanqueaba el avance hacia la plaza de Armas, tratando de proteger los costados contra los embates amistosos a base de dos gruesas sogas portadas por una infinidad de agentes.

Los viejos balcones virreinales del jirón de la Unión daban un clamor unánime, tremendo. Almacenes, casas particulares, clubs, tiendas, aceras: todo se transmutaba en un gesto familiar de bienvenida.

Los Coros y Danzas llegaron a la Municipalidad. El discurso del Alcalde, general Martínez, recogió con sencillez todo el fervor, toda la elegante gracia que el pueblo de Lima puso en la recepción de las chicas españolas.

Desde la plaza la multitud reclamaba la presencia de nuestras chicas en el balcón de la Municipalidad. Y cuando las muchachas se asomaron, perdí la cuenta de dónde estaba, porque improvisaron un saludo deportivo, un «ra-ra-ra» por Lima. Los «ra-ra-ra» iban también para el Callao; finalmente, todo fué resumido en honor del Perú. El gentío escuchaba en silencio, y de pronto se lanzó a gritar armónicamente, silabeando, paladeando, degustando la palabra:

—España, España, España, Es-pa-ña...

A Lima llegamos el sábado por la tarde. El domingo por la mañana hubo misa madrugadora, y a continuación ensayo general, con todo, en el escenario del teatro Municipal. Aquel mismo día se había abierto abono a cinco nuevas funciones, y los taquilleros del teatro se asombraban de haber encontrado, al alzar las ventanillas, una larga cola, cuyos fundamentos se sentaron a las cinco de la

mañana. Había un torbellino de conflictos con las entradas.

Nadie pudo impedir —ni, por supuesto, quiso hacerlo— que el ensayo general se convirtiese en una «première» privada y extraordinaria. La sala del Municipal se llenó de amigos y entusiastas.

El virrey Monteclaros lo hubiera pasado pero que muy bien aquella tarde dominical del debut, porque sobre el viejo solar donde él asentara el primer teatro limeño, sus compatriotas de la Sección Femenina bailaron y cantaron de maravilla. Asistieron los ministros del Gobierno, nuestra Embajada en pleno, el Cuerpo diplomático, la sociedad, lo que nunca falta. Un detalle nada más: por ignorancia de la habitual duración de los espectáculos, que en Lima son más cortos que en Madrid, el primer recital terminó a las diez menos cuarto, es decir, una hora más tarde de lo acostumbrado. Teniendo en cuenta que muchas personas de las que fabricaron ovaciones sin cuento vivían quince o veinte kilómetros más allá de las puertas del Municipal, y que ni un solo espectador se levantó de su asiento antes del final, podrá obtenerse una idea bastante aproximada del buen pie con que los Coros y Danzas pisaron las tablas peruanas, que de la calle ya dije antes. Las banderas entrelazadas en la «Danza del saludo» renovaron su emocionante dialéctica, y fué particularmente conmovedora para todos nosotros la frenética ovación que cerró los compases del Himno Nacional español. He de recordar, al paso, el rostro asombrado y complacido de Lucius Klein cuando, otro día, las chicas le dedicaron esta canción: *Ya se van los pastores*. Lucius Klein es el autor del mejor estudio sobre la Mesta.

Los críticos se volcaron unánimemente en el elogio de los Coros y Danzas. «Apenas le-